

El concepto filosófico del hombre, después de trescientos años

Por JESUS MUÑOZ, S. J.

Hace tres siglos la figura del hombre aparecía a los ojos de toda la humanidad culta, salvo rarísimas excepciones, como el rey de la creación, según la expresión clásica: síntesis de cuerpo material corruptible y de alma espiritual inmortal; microcosmos, por reunir, en altedidas, en su ser y vida corpóreos, todas las perfecciones del universo material, y señor de éste por poseer una parte espiritual, el alma, superior esencialmente a todo lo corpóreo.

Entre ese cuerpo y alma, tan antagónicos por su naturaleza fundamental de materia y espíritu respectivamente, se admitía universalmente también, que existía una unión estrechísima, íntima, tal que su posibilidad y su exigencia arrancaban de la misma esencia de aquel cuerpo, **organizado** como correspondía al sustrato material del hombre, y de aquel espíritu, precisamente **humano** porque, al mismo tiempo que exento en su propia entidad de toda materia, poseía características singulares que le hacían perfectamente apto para morar en la más íntima convivencia y colaboración con el cuerpo material del hombre.

Antiguamente se había discutido larga y profundamente sobre esa misteriosa unión; por ejemplo, con ocasión de la sentencia personal de Pedro Olivi, a fines del siglo XIII y principios del XIV. Pero las afirmaciones más capitales referentes a esa unión se aceptaban ya desde siglos antes por los pensadores, con unanimidad absoluta.

Esa unión era la típica **substancial** ideada por Aristóteles y perfeccionada, respecto del hombre, por la filosofía tradicional del cristianismo, la escolástica. Unión propia de dos substancias esencialmente diversas entre sí, pero esencialmente también ordenadas la una a la otra, para perfeccionarse mutuamente mediante su mutua unión y **comunicación del ser**, y constituir así un ser nuevo, diverso de ambas;

compuesto, por constar de partes; uno, por hallarse éstas en él tan estrecha e íntimamente juntas, compenetradas (y aun más que compenetradas), que por la sola experiencia fuese indiscernible la una de la otra, y se llegase al extremo de que el mismo sujeto constituido por ambas se experimentase conscientemente uno y sólo uno, sin poder advertir —por la sola experiencia— en sus actividades procedentes de ambas, qué era lo debido a la una y qué a la otra, ni si eran dos o una sola la que obraba y existía.

Por último, a pesar de tan apretada unión con apariencia de simple unicidad, se sentía y sufría la interna pugna entre lo corpóreo y lo espiritual, lo inferior y lo superior, lo animal y lo espiritual; que de estos y otros diferentes modos se le llamaba. Y como único remedio eficazmente pacificador de esa lucha, medicina y lenitivo de sus heridas y prenda esperanzadora de una final victoria al luchador fiel, se reconocía y anhelaba la gracia, más aun que espiritual, celeste, sobrenatural de Jesucristo.

Así se concebía, desde tiempo inmemorial hasta hace trescientos años, al hombre: por naturaleza, compuesto de cuerpo y alma substancialmente unidos y, por bondad gratuita de Dios, ungido de gracia, marchando por la tierra peregrino hacia la patria verdadera.

Esta concepción, muy conforme sin duda, con el sentido común, no muy lisonjera, si se quiere, para el orgullo humano enemigo de reconocerse necesitado de dones gratuitos; pero, en toda hipótesis, sensata y que proporcionaba en consuelo y esperanza más aun de lo que exigía en humildad y resignación, tenía a ignorantes y a sabios afirmados sobre una sólida base de serenidad y sosiego, al menos cuanto esto es conciliable con el inquieto agitarse humano interior y exterior, individual y social.

Las cosas, sin embargo, iban a cambiar. Y los gérmenes de las transformaciones, digamos mejor, de los cataclismos comenzaban a penetrar en la tierra hace precisamente tres siglos. Los granos de esa nefasta siembra iban elaborándose en ciertas mentes disconformes con el pasado. Escondidos luego silenciosamente en las páginas de sus escritos, brotarían más o menos pronto en nuevo **árbol de la ciencia** que otra vez tentase con fruto siniestro a la humanidad.

Descartes (+ 1650) había negado temerariamente la clásica unión de alma y cuerpo en el hombre. Malebranche (n. 1638) pronto afirmaría la imposibilidad de la comunicación entre ambos. No tardaría

en venir Leibniz (n. 1646) a ahondar ese hiato, con su concepción de la incomunicabilidad monadológica. Fuera del Continente, en Gran Bretaña, cuna antes —cuando era la Isla de los Santos— de mentes metafísicas como Escoto y no sé si esterilizada luego para la especulación superior por el Anglicanismo, ya hacía años que el ex canciller F. Bacon (+ 1626), a más de hacerse exaltador de la experiencia, había pronunciado, aunque sólo fuera a media voz, el postulado del empirismo positivista anglosajón, llevado tres siglos después a sus más radicales consecuencias por Dewey: el saber consiste en hacer. Allí mismo Hobbes (+ 1679), crasamente empirista, se ocupaba en escribir errores que no habían salido de pluma humana desde los días del paganismo materialista: el hombre sólo es materia; Dios, materia también. Locke (n. 1632), también en Gran Bretaña, pondría las bases subjetivistas, sensistas y semi-escépticas, sobre las que el empirismo pudiese marchar hacia las alturas de concepción y sistema filosófico, donde lo entronizase en el siglo siguiente Hume (n. 1711). Y, finalmente, en medio de aquel tenebroso elaborarse del desquiciamiento de toda recta concepción antropológica y aun ontológica, Spinoza (1632-1677) resuelve con especie de monstruosidad satánica lo divino con lo humano identificando a Dios con el mundo y al alma con el cuerpo, al mismo tiempo que los declara diversos y sin comunicación alguna posible entre sí.

Un siglo antes, el principio del libre examen de Lutero había otorgado carta de libertinaje a la inteligencia humana en el campo teológico. Cien años había sido el período necesario de evolución para que el criterio de los nuevos tiempos, bajando al terreno de la filosofía, preparase en el mundo de la razón una devastación análoga a aquella con que Lutero había conturbado pavorosamente el cielo de la fe.

Concretando la transformación al tema antropológico que nos interesa, la razón humana, el hombre ¿qué acabaría por pensar de sí mismo? Preciso es responder que todo lo imaginable, y más...: también lo inconcebible, como el absurdo: todas las fantasmagóricas apotheosis del Idealismo pseudodivinizador del hombre y todas las degradaciones del más burdo materialismo y del existencialismo desolador.

Tres siglos de experiencias en continuo progreso, hasta desembarcar en la desconcertante catástrofe de las dos guerras más espantosas de la historia, ¿habrán enseñado algo al hombre moderno, tan jactancioso de su observación empírica?

Y, por cierto, que para llegar al justo concepto filosófico de sí mismo no le basta al hombre ni cualquier experiencia ni aun cualquier especulación metafísica. Balmes que, en medio de la espantosa desolación filosófica de la primera mitad del siglo XIX, infunde hábito de vida, como nuevo Ezequiel, a las ideas del aristotelismo escolástico, desaparecidas y sepultadas desde hacía largos decenios aun para los tratadistas católicos de filosofía; Balmes, en medio de sus inmortales glorias filosóficas, sufre un eclipse, siquiera sea parcial y disculpable en sus circunstancias, al tratar de la explicación del compuesto humano, del hombre doble y uno. Con poderoso brazo había desbaratado uno a uno los errores y había desenmarañado y pulverizado los abstrusos sofismas del positivismo y empirismo, del idealismo absoluto y acosmístico, del criticismo kantiano y el panteísmo del Spinoza; pero al querer cerrar el hiato abierto entre cuerpo y alma por Descartes y Leibniz, no logró su empeño satisfactoriamente.

Así, aun dentro de la más católica ortodoxia, el enigma del hombre compuesto de materia y espíritu y, al mismo tiempo, uno e indiviso, desafiaba a las inteligencias más sagaces. Medio siglo más adelante, los doctísimos y penetrantes Palmieri y Tongiorgi, ambos neoescolásticos distinguidos, erraban en la explicación del ser humano, compuesto y uno, por efecto de la seducción experimentada de parte de las modernas teorías físicas, contra la vieja concepción hilemórfica aristotélico-escolástica.

Fuera del campo de la filosofía católica, nada hay que decir. El conjunto de las cátedras y las editoriales de las naciones cultas ofrecían el aspecto de un gigantesco museo del error filosófico sobre el hombre.

Hoy, con tres cuartos de siglo más de progresos experimentales en física, química, biología, comparables por sus proporciones a los de un milenio; en el mundo culto, fuera del ámbito dominado por el comunismo enemigo del género humano, ¿qué concepciones filosóficas predominan acerca del hombre y cuál de ellas merece prevalecer?

* * *

Como tratar de precisar los caracteres típicos del hombre es asunto hoy muy en boga, eso no es difícil señalar escuelas y autores distinguidos actuales cuyas ideas y razones sean dignas de examen. Como especialmente relevantes por su influjo y actualidad mundial y



por los diversos sectores del saber que representan, nos proponemos fijarnos en las orientaciones indicadas a continuación:

Pragmatismo americano o empirismo radical (Dewey), positivismo lógico o neopositivismo, behaviorismo, naturalismo.

Personalismo (Spearman, Allport); fundamento personalista neutro (W. Stern).

Humanismo americano (racionalista): el hombre, ser único, y norma universal.

Humanismo metafísico o racional: dualismo estricto, destino trascendente (Hutchins, Mortimer Adler).

Dualismo interaccionista (Platón, Descartes).

Dualismo con unión substancial (Aristóteles, Escolástica, Pende).

Examinemos con la brevedad que exigen los límites de este estudio esas concepciones, hoy más dignas de atención, sobre el hombre. Para que la brevedad no dañe a lo objetivo de la exposición, nos fijaremos en lo más sustancial de cada una.

* * *

Un fondo capital común poseen las actuales concepciones del ser humano denominadas, en atención a matices de menor importancia, positivismo lógico o neopositivismo (Viena, Londres, Chicago), pragmatismo americano o empirismo radical representado especialmente por Dewey, behaviorismo (ruso y americano) y el denominado con término más tradicional y universal naturalismo. Doctrinas todas plenamente en armonía con el evolucionismo o transformismo rígido.

¿Qué es el hombre, según esas opiniones? Un ser capaz de tener experiencias útiles para su progreso y el de sus semejantes; experiencias con las que contribuya exclusivamente al perfeccionamiento propio y de la sociedad humana en que vivimos en la tierra. Método para lograr ese fin: la experiencia y sobre todo la experiencia social, no precisamente el saber intelectual, teórico, contemplativo. El individuo está tan esencial y exclusivamente ordenado a la vida terrena social como cada célula del organismo a la constitución y bien de éste, y de la naturaleza del ser humano como tal debemos afirmar lo siguiente: "La experiencia —textualmente según Dewey— no conoce división ninguna entre lo humano y el mundo puramente físico mecánico. El hogar del hombre es la naturaleza; sus propósitos y anhelos dependen en su ejecución de las condiciones naturales. Separados

de esas condiciones se reducen a vanos sueños y enfermizas concesiones de la fantasía. . ."

El parentesco, más aun, la identidad entre el empirismo radical o pragmatismo pedagógico de Dewey, en el que principalmente nos hemos fijado, el naturalismo y el evolucionismo rígido materialista, es evidente. Detallemos algo sobre el positivismo lógico o neopositivismo (1).

Para esta renovación radical, con datos y terminología nueva, del positivismo y empirismo más antiguos, la única fuente de información es, como para el empirismo radical de Dewey, la experiencia sensible: eso es para él lo **positivo**. Como guía en su avance de lo más periférico a lo central o a lo científico, se servirá, además de la observación y experimentación, de los resultados de las ciencias naturales y físico-químicas, del análisis sintáctico-semántico del lenguaje, de los conceptos y construcciones simbólico-matemáticas con resultados verificables por la experiencia. Lo único real son los hechos sensibles, materiales. El pensamiento no es más que su copia o representación, pero "sin llegar a lo que la cosa es" (subjetivismo agnóstico). Y en lo metafísico, lo ético, lo religioso, no se alcanza ni a ese límite ínfimo de conocimiento: agnosticismo total. Afirmaciones todas éstas nada extrañas si advertimos que para el positivismo lógico, plenamente de acuerdo con el behaviorismo estricto, conocimiento equivale a proceso puramente neurológico; alma no es más que otro nombre del cuerpo. Monismo materialista, pues, naturalístico, behaviorista, como efecto de la concepción inicial del evolucionismo estricto.

Así pues, para las doctrinas que forman el primer conjunto de nuestro esquema, el hombre es simplemente un ser de la naturaleza material como cualquier otro.

¿Qué opinar de esta concepción del ser humano? (2).

Para apreciarla debidamente examinemos estos dos puntos: qué valor tiene el método utilizado por esas orientaciones para dictaminar sobre el hombre, y qué valor tiene ese dictamen en sí mismo.

Ese método puramente empírico, que esas teorías se jactan de emplear, es tan inaceptable para llegar a conocer algo científico, en nuestro caso del hombre, que ellas mismas renuncian a él en su labor de producir algo de ciencia. En cuanto al concepto que se forma del hombre, no da explicación satisfactoria de lo que éste es tal cual la estricta experiencia lo presenta.

Razonemos cada una de estas dos graves inculpaciones.

Lo exacto de la primera, suficiente para desacreditar las doctrinas consideradas, lo manifiesta eficazmente Allport (3). Jamás ha sido posible una psicología —arguye— sin admitir en el individuo tendencias determinantes, capacidades de reacción. Sin esto es imposible explicar la manifiesta estabilidad y consistencia del comportamiento de los seres psíquicos, patente a la experiencia. “Ahora bien, esas tendencias determinantes no son objeto de observación directa (de experiencia) sino sólo de inferencia (de deducción racional).” El propio Dewey admite expresamente esas tendencias que él llama **hábitos, disposiciones** (4). Y esto hasta el extremo de que en esas predisposiciones inadvertibles por la pura experiencia se basa toda la filosofía biológica de su empirismo radical. Consta por consiguiente, aun por práctico reconocimiento de sus exaltadores y promotores, que el método de la **pura experiencia**, típico de todas las teorías aludidas, no es suficiente para hallar una concepción científica que dé razón de lo que el hombre es. Los datos de la experiencia son indispensables, pero no bastan ni solos en masa caótica ni simplemente ordenados, por más que las normas de ordenación sean aun simbólico-matemáticas como las del positivismo lógico. Además de los datos hay que alcanzar otras realidades ulteriores a ellos, más profundas y de más trascendencia, para concebir el objeto como es; y esas realidades están veladas a la pura experiencia, y sólo son cognoscibles por el raciocinio. De ahí que el trabajo de aquélla ha de completarse con el de la inferencia intelectual.

Vengamos al concepto del ser humano sustentado por esas teorías. El hombre es según ellas un ser de tantos del cosmos material. Para apreciar el valor de ese concepto apliquemos desde luego, con toda la amplitud en que sea aplicable, el procedimiento predilecto de esas escuelas: la experiencia.

Esta nos manifiesta patentemente que, si el hombre tiene puntos comunes con el ser anorgánico, con el vegetal y el animal, difiere también inmensamente de todos ellos, no sólo en mil hechos aislados, sino en toda la orientación de su vida y aun en el gobierno de sus mismos actos sensitivos y biológicos. El behaviorismo, advierte con razón W. Stern (5), se desarrolla a base del estudio de los animales; es que no es suficientemente humano el concepto conductista del hombre. Y como añadía no hace mucho Allport en ocasión solemne:

“Si interpreto correctamente la cuestión, la psicología norteamericana ha adoptado los modelos mecánicos porque nuestra cultura se ha orientado siempre hacia la acción (recuérdese el pragmatismo de Dewey) y hacia la técnica. En general nuestra psicología es una psicología motorizada y hasta el momento presente no ha empezado a ampliar su concepto de acción para incluir la participación del yo del organismo humano en materias que afectan a su destino” (6). Es decir, el concepto del ser humano forjado por esas escuelas entregadas exclusivamente a la experiencia y experimentación, corresponde a lo que en el psiquismo humano hay de común con los seres inferiores a él, pero no está conforme con lo que del hombre percibe aun la pura experiencia, al observarle en los hechos y reacciones empíricas típicamente humanas.

Estas apreciaciones de Stern y Allport ya se ve que son exactas. Efectivamente: las discrepancias universales e irreductibles entre el animal y el hombre exigen una diferencia irreductible también en las entidades de ambos, que las expliquen. Tratar de eludir su existencia llamando ilusiones a lo que en el hombre es tan específico e indarraigable como el ansia de saber el último por qué de las cosas (Metafísica), la conciencia íntima del deber (Ética), el anhelo de dicha absoluta, superior a la meramente corpórea, e interminable (Inmortalidad), es cerrar los ojos a la naturaleza del hombre tal como la presenta la experiencia más evidente e irrecusable. De ahí que filósofos y psicólogos presenten otras concepciones muy diversas de las hasta aquí consideradas. Prestémosles atención.

* * *

Un nombre tomado de la tradición de todo el género humano señala, como en bruto, la diferencia que separa en el cosmos al hombre de todo lo que no lo es. Sólo el hombre es **persona**. Pronunciar esta frase admitiendo conscientemente su verdadero significado, es renunciar a las concepciones **naturalistas** examinadas y reconocer que el hombre es algo más que hechos, fenómenos y materia; que **forma una categoría aparte**. A las concepciones que ahora examinaremos, que de algún modo están conformes con estos presupuestos fundamentales, pudiéramos llamarles **personalistas**. De hecho aun la de ellas que todavía menos concede al hombre, parece usar el nombre y orientarse a la investigación de la **personalidad** como al norte y cla-



ve de la psicología genuinamente humana. ¿Qué hallan, pues, los así orientados, en el hombre?

Por de pronto —repiteamos con uno de sus representantes, Allport, y con todo el género humano, no exceptuados los psicólogos— los hechos, los fenómenos presuponen disposiciones de las que procedan. Y para explicar éstas, dice con razón el mismo autor, no basta el nominalismo. Lo que hay que explicar son no aprehensiones del que observa la conducta ajena, sino realidades existentes en el que se porta y procede de este o del otro modo.

Además, el **rasgo característico** (*trait* de Allport), no es algo por decirlo así consistente en sí mismo. Es la manera como se ha concretado una capacidad del sujeto, de por sí adaptable a diversas maneras de ser. Digámoslo con las palabras de Stern: el **characteristic trait** viene a formarse por gradual cristalización de la **potencialidad**, realidad originariamente sólo vaga y muy ambigua e indeferenciada.

Ya se ve que el mismo principio ineludible (en puridad, el metafísico de **causalidad**) que de los hechos empíricos obligaba a inferir las disposiciones características, nos descubre ahora, a través de las características, las más remotas **potencialidades**. Todas son disposiciones permanentes: unas más periféricas y diferenciadas, otras más profundas o centrales e indeterminadas; todas pertenecientes a la persona y más o menos constitutivas de ésta.

Mas sigamos preguntando: esa persona, con esos **rasgos** y **potencialidades**, ¿qué es? Porque también el vegetal y el animal poseen esa doble serie de factores y, sin embargo, veíamos que difieren del hombre, no son personas.

* * *

La tendencia llamada **humanismo americano** o **humanismo racionalista** (7), reacción opuesta a varias de las mencionadas en el primer grupo precedente, da por respuesta fundamental a esa pregunta, la siguiente: “El hombre es un ser único en la naturaleza.” No es un ser natural de tantos. Todo lo contrario; es esencialmente diferente y superior al animal. Su aspiración es el autodomínio según las exigencias de su naturaleza psicológica, por el que llegue a la felicidad individual y social. El hombre, según sus características específicas, viene así a ser de nuevo la medida de todo.

Reflexionemos sobre esta concepción.

Puede decirse que la tradición universal de la historia humana, el sentido común de la humanidad, los hechos de evidente expe-

riencia por lo que lo humano y lo meramente material radicalmente difieren, están conformes con las afirmaciones del humanismo americano. Pero ¿quedan satisfechas con solas esas afirmaciones? La teoría integrada por solas ellas, ¿es satisfactoria?

Dos preguntas surgen inmediatamente al considerar esas proposiciones. Si el hombre es **único** en la naturaleza, ¿a qué se debe esa su sorprendente singularidad?, ¿qué es lo que hay en él por lo que difiere de todo lo que no es de él? Además —y es la segunda de las preguntas aludidas—, ¿cómo puede considerarse al hombre como suprema y única norma de todo, si él mismo se siente tan dependiente, tan insuficiente, sometido a un invisible superior que le obliga en conciencia con la ley moral, frustrado tantas veces en sus íntimas ansias, desconcertado ante el enigma de su codicia de felicidad y perpetuidad, ahogada por tantas aflicciones en vida y, al fin, por la destrucción con la muerte?

La concepción del humanismo americano ha superado acertadamente las concepciones naturalistas, pero no llega aun a la meta deseada de descifrar al hombre real.

* * *

Un paso más hacia esa cumbre parece que Spearman, a pesar de su materialismo filiológico o neurológico, presiente que hay que darlo y W. Stern se propone darlo efectivamente con su concepción de la psicología humana, según reza la última y más sintética de sus obras, desde el punto de vista personalístico.

Spearman, al fin de sus agudas especulaciones matemáticas aplicadas a descubrir **The abilities of man** (conocido título de su notable obra), puesto frente a frente de este mecanismo, de esta sorprendente maquinaria —llamémosla así— del psiquismo operante humano, concluye: si hay mecanismo, máquina en actividad, tendrá que haber maquinista; si hay obra de ingeniería, tendrá que haber ingeniero. Este ¿qué será, en qué consistirá?

La concepción de W. Stern nos dirigirá hacia la respuesta deseada. Difiere el hombre de cuanto en el mundo no lo es, según ya apuntamos, por ser persona. Por tanto, viene a concluir Stern, en lo típico de la persona habrá que buscar lo específico del hombre. De ahí que para elaborar una psicología genuinamente humana, la construya Stern bajo el signo de la personalidad, y así desde su título lo llama: **General psychology from the personalistic standpoint** (7 bis).

¿En qué consiste esa personalidad, que será lo constitutivo del ingeniero, maquinista, columbrado por Spearman? Desde luego es algo más profundo que los procesos psíquicos, diversos, por su parte, totalmente de los físico-químicos. Es la capacidad para tener experiencia y fenómenos internos conscientes; es la mente, *the mind*. Más aun: es el substratum básico de la mente, substratum que consiste en algo con existencia que prescinde (porque va más allá o por ser anterior), de la diferencia entre mental y físico. Noción esta de la que brota, añadiendo los complementos necesarios, la siguiente de persona: "The person is a living whole, individual, unique, striving toward goals, self-contained and yet open to the world around him; he is capable of having experience" (8).

Los atributos característicos del individuo están señalados con toda precisión. Se trata además de un individuo viviente, con finalidad: *striving toward goals*. Hasta aquí, usando la terminología de Stern, el sujeto es **psicofísicamente neutro** (9). **Capaz de tener experiencia**, fenómenos conscientes: nota descriptiva entre la persona, según Stern, y lo que no lo es. Discriminación, advirtamos, que sería más adecuada, si se indicase la capacidad de tener conciencia refleja, ya que de la mera experiencia consciente, por ejemplo de dolor, también lo es el animal que, según Stern y según todos, no es persona.

Mas, prescindiendo de este y otros detalles que pudieran apurarse, una pregunta se impone: ¿Qué hay en esa realidad, en virtud de lo cual aquellos componentes constitutivos del substratum mental, **psicofísicamente neutros** o indiferentes, pierden esas imperfecta indiferencia o neutralidad y se hacen capaces de tener experiencia, conciencia refleja?

¿Qué nuevo factor es el añadido a aquella entidad física, corpórea, en virtud del cual lo que se ha constituido, sin dejar de ser físico y corpóreo, ya no pertenece a la naturaleza meramente física, ni siquiera a la puramente vegetal ni a la solamente animal sino que las supera a todas? En una palabra, ¿qué es lo que a esa materia, hasta ahora físico-química natural, la ha elevado al orden **único** humano?

Ese ser es un **todo**, insiste con plena razón Stern (10) contra la que él llama **ancient conception** de la interacción alma-cuerpo, a la que luego aludiremos. Mas aquello, gracias a lo cual ese todo, ese uno, es capaz de reflexión consciente, ¿qué es? No es sólo la materia física, reconoce Stern a cada paso. No es el objeto concebido por el

monismo psicológico: entidad meramente material pero que puede aparecer al observador como algo psíquico. Es algo más, objetivo. Pero eso, ¿qué es?

La respuesta más depurada de Stern dice así: "El cerebro —por oposición a la medula espinal— es el instrumento cualificado de manera apropiada para captar las experiencias cambiantes, para la producción de diversas síntesis de pensamiento e imaginación, para la actividad creadora, que no está vinculada cerradamente al pasado sino en contacto con el futuro (11). En una palabra: psíquico más elevado, el **pensamiento**, es producto elaborado como por instrumento cualificado, por el cerebro.

Es preciso confesar que tal conclusión es para decepcionar. Hace largo tiempo está demostrado por la psicología experimental más depurada que el pensamiento, esencialmente diverso de las imágenes y totalmente superior a ellas, no proviene del cerebro ni única ni siquiera parcialmente. Cerebro también se da en los animales, y con admirable capacidad de función asociativa de imágenes, ¿por qué no se da en ellos pensamiento? El cerebro por sí solo, es materia; luego el hombre no pasaría de ser, contra lo que Stern afirma, un ser de la naturaleza. ¿Qué su materia sería organizada? También lo es la del animal. Y por consiguiente el hombre sería respecto del bruto sólo gradualmente más perfecto, como el chimpancé lo es por ejemplo respecto del caracol o del molusco; pero de ningún modo sería el hombre el ser **único** que, a juicio de Stern y según las exigencias de la realidad, es.

Stern, además, calla acerca del segundo problema humano expresado en nuestra segunda pregunta formulada arriba: el relativo a la múltiple limitación experimentada por el hombre y a los enigmas y sufrimientos íntimos inseparables de ella.

Es preciso, pues, acudir a una solución más satisfactoria que la del humanismo americano racionalista y la del simple personalismo.

* * *

Se esfuerza por ofrecérsola, aleccionada por la experiencia, y ruda experiencia, otra orientación norteamericana recentísima, la llamada **humanismo metafísico o racional**.

Este se ha encontrado, por decirlo con frases de sus principales representantes, con que el criterio empirista naturalista, que hacía del hombre un ser natural productivo, nos ha forjado un mundo en

el que "en medio de una superabundancia de bienes estamos hundiéndonos en la pobreza. Con una muchedumbre de bienes de fortuna, no somos más afortunados que antes. Con un promedio de mortalidad en disminución, estamos aun por descubrir qué hacer de nuestras vidas. Con odio a la guerra, estamos ahora hondamente empeñados en la guerra mayor de la historia. Con amor a la libertad, vemos la mayor parte del mundo en cadenas" (12).

¿Cómo explicar y, sobre todo, cómo remediar tal contradicción, se preguntan los representantes del humanismo metafísico?

Orientando, responde, nuestra educación desorientada, que se ha entregado a los medios por sí mismos, al progreso por el progreso, en vez de mirar ante todo a los fines y, por ellos, regular los medios.

Así, pues, ante todo asentar cuál es la verdadera naturaleza del hombre, objeto de la educación. Y el hombre ¿qué es?

El hombre, por razón de su carácter racional es un ser único, *sui generis*. Tiene común con los vegetales el alimentarse, con los brutos el sentir, pero, a diferencia de la planta y del animal, puede razonar, juzgar, discernir. Por su razón el hombre no tiene igual en la naturaleza. Y ésta es la premisa mayor del humanismo metafísico o racional, la afirmación de que lo específico de la naturaleza humana está en su carácter racional. Ahí radica la diferencia y la distancia insalvable entre hombre y animal, entre moral e instinto y capricho, entre libertad y necesidad y arbitrariedad egoísta. De la verdadera y profunda convicción acerca de la naturaleza del hombre depende la reforma moral, intelectual y espiritual que el mundo espera (13).

Todavía otras palabras que revelen bien la mente de estos autores: "El hombre es un ser moral, racional, espiritual. Necesita bienes materiales, sin los que no puede vivir. Pero éstos no los necesita sin límite. Al contrario, la preocupación por ellos le impediría en vez de ayudar a la obtención de su verdadero fin, que está en el pleno desarrollo de sus poderes específicos. La ley de éstos es la adquisición sin límite de la sabiduría y la bondad" (14).

Estas categóricas y reiteradas afirmaciones de los representantes del humanismo metafísico nos dicen suficientemente lo que esta orientación piensa de la naturaleza del hombre y cómo responde a la primera de las preguntas arriba propuestas. En dos palabras, lo siguiente:

El hombre, corpóreo como la planta y el animal, tiene en sí otra realidad de la que aquéllos carecen. Esta es su capacidad de conocer intelectualmente, de obrar con rectitud moral: su racionalidad, su espiritualidad.

Las discrepancias entre el humanismo metafísico o racional y las orientaciones arriba examinadas, sobre todo las naturalistas, saltan a la vista. Es verdad que se podrá penetrar más en la naturaleza de esas racionalidad y espiritualidad. Pero la diferencia esencial respecto de lo meramente corpóreo y aun de lo puramente sensitivo está reconocida en sí y en todas sus consecuencias. Es manifiesto, al mismo tiempo, que esta concepción corresponde a la que del hombre nos presenta la tradición humana. El hombre descrito por el humanismo metafísico es sencillamente el *homo sapiens*. *Homo sapiens*, podríamos añadir con los últimos investigadores de los útiles paleolíticos, que se revela claramente también en el arbitrariamente apellidado *homo faber*. El concepto del humanismo metafísico corresponde al ser humano.

Y ¿responde esta concepción a la segunda de las dos preguntas arriba formulada? ¿Entroniza al hombre como norma suprema y absoluta del universo, según lo hace el humanismo americano racionalista, o acierta a señalarle su verdadero puesto?

Garantías de acierto le ofrece su método: la experiencia ayudada de la razón y la prudente y constante consulta a las tradiciones más sólidas y fecundas de la humanidad y a los más profundos pensadores.

¿El hombre norma suprema de todo? Si basta su interna lucha entre el bien y el mal, reconocida aun por el mismo humanismo americano racionalista, ¡para verse forzado a negarlo! Y como esta realidad, tan triste en sí misma como elocuente en sus consecuencias, el humanismo metafísico o racional reconoce y considera otras igualmente evidentes y trascendentales: el hombre ansioso de la suma verdad y el sumo bien, no los posee mientras permanece en la tierra. Cuán contraria es su suerte aquí: ignorancia, desdicha, maldad. Además, la existencia del hombre, como la de todo el universo visible, exigen imperiosamente una explicación. El silencio agnóstico no resuelve nada. Hoy, con los datos precisamente de las ciencias empíricas y experimentales, preciso es decir que "los cielos proclaman, más vigorosamente aún que cuando se escribían los Salmos, la gloria de Dios". Dios es señor del hombre. Es el que le espera en la vida fu-

tura, con la sanción debida a sus obras. Y aun en ésta El en persona puede y de hecho ha querido comunicarse con el hombre, para levantarle más aún de lo que a las exigencias de su naturaleza correspondía. La ciencia que estudia esas comunicaciones, "la teología va más allá que las demás ciencias. La revelación no es, como pensó Averroes, un medio empleado por Dios para comunicarse con los hombres demasiado ignorantes... La teología excede a todas las otras ciencias porque Dios revela lo que el hombre más sabio ignora y no puede jamás conocer por sí solo o —a lo sumo puede alcanzar pero oscuramente y como de lejos— el ser de Dios y el destino del hombre. La teología... responde... a las últimas preguntas relativas a los más fundamentales asuntos... la existencia y naturaleza de Dios, el carácter y destino del alma humana y la salvación del hombre" (15).

Como se ve, lenguaje sorprendente este del primer representante del humanismo metafísico o racional, el Presidente (Rector) de la Universidad de Chicago en noviembre de 1943, al celebrar la inauguración de la nueva Facultad de Teología de aquella distinguida Universidad.

Unas palabras del filósofo del humanismo metafísico, Mortimer Adler: "En cuanto el filósofo puede conocer, con conocimiento estrictamente filosófico que Dios existe y que el hombre es criado por acción divina con un destino inmortal, conoce negativamente que toda la educación natural (en cuanto se opone a la basada en fundamentos sobrenaturales) es fundamentalmente insuficiente para la perfección del hombre..." (16).

De más está añadir que tales autores no son católicos y que lo que les ha conducido a pensar así del hombre, desde todos sus aspectos, es, como antes insinuábamos, la fuerza de la experiencia, la razón y la atenta consideración del género humano y su historia.

Sin entrar a criticar cada una de las afirmaciones consignadas y otras no menos interesantes que en las numerosas publicaciones de estos autores podríamos espigar, una conclusión hay que asentar: que la concepción **humanística racional** (o metafísica) hace honor a su nombre. Todo lo que de recto y útil en métodos y aun nomenclatura ofrecen las demás concepciones, lo admite y eleva, pasando eficazmente de los nombres a las cosas, y presentando del hombre una idea que responde efectivamente a lo que la experiencia nos muestra de él y a lo que la razón exige.

Sin embargo, guiados también nosotros por la experiencia y la razón, creemos no poder esquivar alguna cuestión respecto de la naturaleza íntima del hombre, que la concepción humanista metafísica no deja despejada.

En el ser humano encontramos juntamente con la dualidad cuerpo-alma, materia-espíritu, una unidad tan estrecha que, en aquellos actos conscientes que proceden de ambos componentes, como los sensitivos de ver, oír, percibir, olor, dolor, placer sensible, nos es imposible distinguir qué es lo que del acto se debe al cuerpo y qué al alma. Esa unión de cuerpo y alma en cuanto causas de esos actos, tan indiscernibles por la sola experiencia, aun siendo ésta tan viva en los actos de intenso dolor y placer sensitivo, parece estar exigiendo algún monismo, si bien conciliable con el incontrastable dualismo materia-espíritu. ¿Cómo concebir el ser humano, compuesto de esos dos elementos, para que nuestra idea de él corresponda a esa evidente realidad empírica, doble y una?

En dos nombres antiguos, a los que podríamos añadir respectivamente algunos modernos e innumerables contemporáneos, nos ofrecen dos soluciones: Platón, con el que nombraremos a Descartes, la primera. Aristóteles al que asociaremos, como representante caracterizado de los actuales, a Pende, la segunda.

La unión de cuerpo y alma se reduce al mutuo actuar e influir del uno sobre el otro, nos dice Platón. E ilustra su concepción **dinámica** o de **interacción**, con los símiles del jinete y caballo, del marino y la nave. Descartes rehabilita esa concepción, rechazada y abandonada durante dos milenios; si bien, reconociendo su inadaptación a la realidad que trata de explicar, rehuye los ejemplos aludidos y acaba por afirmar que la unión alma-cuerpo es más interna que la de mera interacción o **dinámica**. Así, después de romper con la explicación hasta entonces tradicional, deja el grave problema sin solución, caracteres ambos muy propios de su proceder filosófico, y abre el camino a las erróneas soluciones de los trescientos últimos años.

De éstas aun la menos alejada de la verdad, el dualismo de tipo platónico, es hoy universalmente rechazada. Es tan íntima la relación alma-cuerpo, ciertos fenómenos y estados corporales se revelan tan psíquicos y con tanto influjo aun en los puramente espirituales, y éstos, a su vez, influyen tanto en el dinamismo de lo corporal, que el dualismo pura materia-puro espíritu, sin más vínculos que la mu-

tua interacción, se reconoce como del todo inadmisibles. En esa concepción, lo consciente sería siempre puramente espiritual; por tanto, sin poder presentar el aspecto cuantitativo ni la correlación con la estructura y reacciones materiales que presentan en nosotros las sensaciones. Asimismo, lo corpóreo humano es, según ese dualismo, absolutamente inconsciente; por tanto ¿qué sentido puede tener el innegable fenómeno de experiencia que llamamos sentir dolor corporal? Finalmente, cuerpo y alma, materia y espíritu son para Platón y Descartes dos seres pertenecientes a dos órbitas del todo ajenas entre sí, ¿por qué, pues, y cómo podrán actuar mutuamente uno sobre otro y, más aún llegar a constituir esa unión íntima que parece identidad y monismo de los dos componentes en el sujeto que siente?

La actitud común entre los actuales investigadores del hombre total y de los propugnadores de la medicina psicosomática, al oponerse al dualismo platónico-cartesiano y, por consiguiente, más aún al de Malebranche y Leibniz, está plenamente justificada con lo dicho. Pero ¿qué concepción admitir en sustitución de ese dualismo más o menos difundido hasta no hace mucho?

Díganoslo una vez más la experiencia bien interpretada por la razón.

El vegetar biológico característico del cuerpo del hombre, es algo típicamente humano; el sentir —ver, oír, sufrir dolor, experimentar placer corporal— del hombre, es no sólo consciente, y por tanto producido no por sólo el cuerpo, sino algo que pertenece a aquella misma conciencia superior de la que emanan los actos más estrictamente espirituales como el entender, razonar, querer libremente. Estos provienen únicamente del alma espiritual. Luego la misma alma espiritual será la que, poseyendo virtualidades sensitivas, colaborará en la producción y percepción de aquellos actos también corporales, y unida, misteriosa pero verdaderamente, con el cuerpo, constituirá con él el principio total, uno, del que broten las actividades y fenómenos sensoriales.

Ahora bien si como lo exigen la evidente experiencia de la unidad de conciencia intelectual y sensitiva, la propia alma espiritual humana es susceptible de unión tan íntima y de colaboración tan estrecha con el actuar del cuerpo, y es, por tanto, tan atemperada a él, el vegetar humano de ese mismo cuerpo, que éste por sí solo no puede realizar, no habrá de atribuirse a otro principio colaborador que

a la propia alma espiritual dotada también de virtualidades vegetativas.

De este modo, el dualismo manifestado por la experiencia y exigido por la razón, cuerpo-alma, materia-espíritu, se mantiene en todo su vigor; y aquella unión máxima e íntima de ambos principios, evidente en el sentir humano y tan razonable en el humano vegetar, está igualmente salvada. El principio único, simple y espiritual, el alma, produce por sí sola las operaciones superiores; y por poseer al mismo tiempo y en su misma entidad las virtualidades sensitiva y vegetativa, esencialmente ordenadas a unirse y colaborar con el cuerpo, es principio colaborador con este de las actividades sensoriales y fisiológicas. Explicación, como se ve, que se ajusta íntegramente a la realidad intrínseca del ser humano.

Añadamos que el proceso histórico de su elaboración está garantizado su acierto.

Bien conocidas las concepciones monísticas de los presocráticos, —por cierto medio sacadas de nuevo a luz con nombres y atuendo moderno en el siglo XIX—, y bien penetrada la explicación dualística de Platón; Aristóteles concibió y asentó los fundamentos de su **dualismo moderado y composición substancial**, válida de modo especial para todo ser viviente corporal. La aplicación tajante y audaz, por decirlo así, al hombre, que llegase a identificar en él el alma espiritual intelectual con el principio sensitivo y vegetativo, paso que tal vez Aristóteles no se atrevió a dar, lo dio resueltamente la psicología y filosofía cristiana al afirmar, contra el gnosticismo y maniqueísmo, la unidad del principio intelectual y sensitivo, y al establecer de manera taxativa y universal en la escolástica medioeval, postridentina y actual, que el alma racional del hombre es la sensitiva y vegetativa humana también.

La medicina de la persona, la medicina psicosomática de hoy, la actual investigación antropológica y psiquiátrica de la vida normal y anormal del hombre como tal, no se cansan de ponderar el acierto aristotélico-escolástico.

El compuesto binario humano: cuerpo material y alma espiritual, intelectivo-sensitivo-vegetativa, unidos substancialmente, está en lo posible descifrado.

* * *

Quedan, con todo, los internos desgarramientos de ese ser doble y tan uno. En el interior de esa íntima unión, “la carne —por decirlo

con la clásica expresión paulina— codicia y pelea contra el espíritu y el espíritu contra la carne”. Hoy, por testimonio de todos, con los humanistas racionalistas y los humanistas metafísicos racionales al frente, como en el siglo I. La unión substancial cuerpo-alma no basta para anular esas violentas tensiones psíquicas, ni menos para saciar al hombre anhelante por la verdad, la dicha, el bien.

Nuestra explicación aristotélica-escolástica ha satisfecho la primera de las preguntas, típicamente filosófica, propuesta arriba. La segunda, además de filosófica, histórica y profundamente humana, que aqueja tanto como al penetrante teórico al hombre vulgar, espera aún perfecta solución. El pedagogo tropezará con ella muchas más veces y en condiciones más de una vez terriblemente más dramáticas que con la primera. Es ineludible darle solución.

Para dar con ella el humanismo metafísico ya nos abrió antes el camino. El resultado de recorrerlo y de llegar a su término, en vez de describirlo por nuestra propia cuenta, creemos preferible escucharlo de labios de un sabio representativo de la ciencia humana actual. El padre de la endocrinología, eminente biotipólogo y pensador serio y bien asesorado, el profesor Nicola Pende, después de larga investigación y reflexión sobre el ser humano, desde lo ínfimo hasta lo sumo, sintetiza la esencia de las experiencias científicas, sociales e históricas, en los párrafos siguientes, epílogo de su reciente obra **La persona humana**:

“Todo nuestro estudio de investigación de todos los aspectos del individuo humano concreto, real, utilizando las más antiguas y las más modernas observaciones y concepciones, nos fuerza a afirmar lo siguiente:

“Carne animada o yo biológico, investigado en su cómo por la ciencia físico-químico-fisiológico-psicológica del hombre; entendimiento racional, investigado como yo pensante y autoconsciente por la filosofía; yo creyente y amante de la fe cristiana, que es esencialmente caridad y amor a Dios y a los hombres, y que inserta en la persona natural, hecha de carne y de alma racional, un elemento nuevo, lo sobrenatural de la gracia divina: he ahí los tres reinos que deben, reunidos, constituir el yo unitario completo y armónico, la persona humana una y trina: ésta, renovada, armonizada, pacificada en la lucha entre carne y espíritu por el amor cristiano y por la gracia, refleja entonces la vida una y trina del Sumo Artífice.

“A la concepción dualística (moderada) de la persona (respuesta adecuada a nuestra primera pregunta), como compuesto de carne y alma, concepción comúnmente conocida y aplicada, pero que reconoce la lucha continua que se desarrolla (en los individuos mejores y más iluminados por la razón y por la voluntad del bien) entre los dos componentes naturales de tal compuesto humano, unidos juntamente por Dios en orden a la vida terrena de expiación y de redención, es necesario ya sustituir la concepción trinitaria, si es lícito expresarse así, de la persona cristiana, la cual no es ya sólo natural, sino que es natural-sobrenatural. . .

“La gracia sobrenatural ‘esa realidad trascendente o sobrenatural y divina en nosotros se injerta en nuestra persona por la gracia sanante y medicinal, mediante la fe en Cristo (fe, se entiende, con todo lo que incluye ese término lleno de significado fe cristiana’). Ahí está el tercer elemento, el de armonización, de unificación y de sublimación verdadera de la totalidad humana hacia lo divino, tercer elemento que nos permite aplicar, mejor que cuanto había hecho la concepción dualística de la unidad cuerpo-razón, aquel maravilloso humanismo natural-sobrenatural, mediante el cual, como dice Karl Adam “se reproduce y queda casi naturalizado en nosotros aquello que se realizó eminentemente una vez para todos en Cristo: una, por decirlo así, encarnación de Dios en el hombre”.

“Así es cómo la teología presenta la persona cristiana ideal no ya, como el compuesto natural del cuerpo y del alma, compuesto que nuestra ciencia (médica) demuestra desarmónico y sin paz y sin verdadera salud interior: sino como el hombre nuevo redimido, hecho trino, es decir (compuesto), de cuerpo, de alma y de espíritu de Dios.

“Como médicos y biólogos de la persona total, hemos querido demostrar, en esta obra, *essere tale persona di fattura umana e di fattura divina*, es decir, no sólo obediente a las leyes de la herencia biológica normal y morbosa. . . Y hemos demostrado después que existe en el hombre la lucha entre la antilibertad del cuerpo heredado y la libertad moral. . . ‘libertad que consiste en el esfuerzo de liberación de la razón de las leyes de la animalidad.’”

“Nosotros médicos tenemos todos la continua y diuturna experiencia que la persona es, por regla general, constitucional y funcionalmente desarmónica, aun en los hombres que aparecen, al juicio humano, como gozando de una normalidad o de una buena salud física y psíquica.

“Es necesario que los biólogos del hombre, los médicos, los filósofos, los sociólogos, tengan siempre presente delante de la conciencia estas que son las verdades más altas y más ciertas de la ciencia y de la filosofía de la persona humana total: el origen de la libertad humana con la creación del alma por Dios, y la necesidad de que la persona verdaderamente grande, verdaderamente libre, verdaderamente sana, física y moralmente, posea este factor sobrenatural de regeneración de las desarmonías naturales entre cuerpo y alma, que es la Gracia de Cristo. Cuando esta falta, aun el genio es habitualmente esclavo de necesidades corporales o es arrastrado por idealidades terrenas, y más o menos agitado por ambiciones, por la voluntad de poder, trátase de genio científico o filosófico o artístico o político o técnico. Sólo el **genio moral**, del que son modelo los santos, es verdaderamente el genio humano digno, **sin reservas**, de la admiración, de la veneración e imitación tanto de parte de los sabios de la tierra como de parte de los más humildes: quienes, como el Evangelio nos ha enseñado, son capaces, con frecuencia más que los primeros, de elevarse, con la grandeza del corazón, a alturas no terrenas, sino supraterras. Con frecuencia los sabios y los hombres de ciencia, que para la muchedumbre humana pasan por inmortales, según el juicio histórico-materialista de los hombres, están obcecados por el espíritu del mal, que en ellos puede esconderse bajo la vestidura centelleante de la gloria, del orgullo, de la vanidad y ambición desmesurada, de la voluntad de poder, del narcismo intelectual, de la autocontemplación de sí. Tales hombres saben que la potencia del cuerpo y la de la razón, esto es de los dos componentes naturales de la persona, no bastan para librarlos de la esclavitud que los encadena al egoísmo animal, haciéndoles grandes, es verdad, ante el juicio de los hombres, pero en realidad pequeños y no raras veces reos de condena ante el juicio de Dios. Sólo el amor cristiano que es humildad, amor del prójimo como de sí mismo, amor de Dios sobre todas las cosas, puede dar al entendimiento la verdadera grandeza, a la persona toda la verdadera paz y la verdadera libertad.

“No olvidemos que la gloria es como llama que abrasa las alas de la mariposa humana, cuando ésta no sabe vencer la egoísta voluntad de poder y el ciego orgullo.” (17).

Las graves palabras del fisiólogo, médico, psicólogo y hombre de experiencia humana, iluminado por la historia y la tradición cristiana, nos señalan, que sólo en el recurso a Dios, del que el hombre esen-

cialmente depende, y concretamente en la gracia divina merecida por Jesucristo, alcanzará el ser humano, compuesto de cuerpo y espíritu en unión substancial y al mismo tiempo en desgarradora lucha, la paz, el equilibrio: aquí, de quien vence guerreando de continuo; después, más allá, de quien disfruta del laurel y la dicha de la victoria gloriosa, cuando el hombre, después de haberse ajustado a las exigencias de su naturaleza, alcance la plenitud de su destino.

* * *

Hemos dejado hablar únicamente a Pende, para que fuese la voz de la ciencia experimental la que nos dijese el resultado de sus experiencias.

Superfluo es añadir que esa voz no se pierde hoy en el vacío. Todo lo contrario, son sinnúmero las que la han precedido y la acompañan, y pudiera decirse que la orquestación grandiosa de su melodía la forman en el orden puramente filosófico, todos los neoescolásticos de los últimos ochenta años, hoy verdadera fuerza mundial, a juicio aun de sus más acres adversarios; en el terreno científico-experimental, la actual medicina psicosomática, precedida por ciertas tentativas sobre todo de la psicopatología, que ha abjurado solemnemente de la separación exageradamente dualista de Descartes y Leibniz entre alma y cuerpo, para sostener, junto con la esencial diversidad de ambos componentes, la realidad del **compuesto** y **uno** al mismo tiempo, testificada tanto por la experiencia normal como por la clínica, del hombre que siente y que sufre.

Así, en lo puramente científico y filosófico la clásica doctrina católica inspirada en Aristóteles de la “unión substancial de cuerpo material y alma espiritual”, unánime hasta hace tres siglos, vuelve a erigirse como explicación única de la realidad del ser humano.

En lo más profundo y trascendental del desagarramiento interior del hombre y de su lenitivo y eficaz remedio, en lo **teológico** del enigma humano, otra vez, igualmente, después de tres siglos de agnosticismo e impiedad, vuelve a imponerse, por los labios mismos de los más expertos auscultadores de esa aflicción —los psicopatólogos—, como solución eminente y entre todas única, eficaz, la católica de hace veinte siglos: “¿Quién me librerá, me hará triunfar de las acometidas de este cuerpo de muerte, que guerra ferozmente por acabar con mi vida verdaderamente humana, espiritual, superior? La gracia

de Dios —que respondía San Pablo— ganada e infundida en mí por el poder y la bondad de Nuestro Señor Jesucristo.”

NOTAS

(1) Maloney, Cornelius L.: **Logical Positivism and American Education.** Washington, D. C. 1951.

(2) Con relación a la concepción esencialmente materialista-social de Dewey, está bien, desde luego, hacer la siguiente observación previa: los principios fundamentales de esa concepción son idénticos o guardan indisoluble relación con los del materialismo marxista: el hombre, ser puramente material con capacidad de rendimiento como la máquina, de acomodación como la planta, de adiestramiento como el animal; capaz de perfeccionamiento individual, pero ordenado exclusivamente al bien terreno y social como la célula perfeccionable en sí se ordena al bien del organismo. A esto se reduce el hombre, lo mismo según Dewey que según Marx. Ahora bien, tal concepción es hoy rechazada por todos los pensadores, exceptuados sólo los interesados en mantenerla por razones nada científicas, como absolutamente errónea en sí e inmensamente funesta en sus consecuencias individuales y sociales.

(3) **Personality.** A psychological interpretation. 2ª edic. N. Y., 1945, p. 290.

(4) **O. c.**, pág. 291.

(5) **General Psychology...**; 2ª edic., N. Y. 1939, pág. 83.

(6) Discurso en la inauguración de la sección de Personalidad y Psicología social, de la American Psychological Society. Nov. 1946.

(7) Cf. Foudy, John T.: **The educational principles of American Humanism.** Washington, D. C., 1945.

(7 bis) Según la edic. en inglés de N. Y., 1938, posterior a la alemana, cuyo título traduce a la letra.

(8) Stern, W., **O. c.**, pág. 70.

(9) **Ibid.**

(10) **O. c.**, pág. 84.

(11) **O. c.**, pág. 86.

(12) Hutchins, Robert M.: **Education for Freedom.** Louisiana S. Univ., 1943, pág. 92.

(13) **Ibid.**, pág. 47, y Cf. Brubacher, John S.: **Modern Philosophies of Education.** N. Y., 1950, págs. 317-318.

(14) Cf. Romuáldez, Bellarmine: **The Concept of Being in modern educational Theories.** Washington, D. C., 1952, pág. 167.

(15) Hutchins, Robert M.: **Theology in University,** en *The Christian Century*, LX (XI, 1943), 1326.

(16) **In defense of the Philosophy of Education,** en *Philosophies of Education*, I (1942), pág. 221.

(17) Pende, Nicola: **La Scienza della persona umana.** Biología-Psicología Tipología normal e patológica. Applicazioni mediche, pedagogiche e sociologiche. Milano, 1949, págs. 416-420.

N. B. De las concepciones psicoanalíticas prescindimos en absoluto, tanto porque no son concepciones filosóficas como porque lo admisible de ellas, descartadas las arbitrariedades y, a veces, monstruosos errores que contienen, halla perfecta explicación filosófica en el ser humano tal como lo hemos concebido, ya que en él caben perfectamente procesos conscientes, subconscientes y otros inconscientes, auxiliares de aquéllos, y producidos por las mismas facultades que producen aquéllos, bien como reacción a estímulos extrínsecos a la facultad, bien como efecto de los previos actos conscientes de ésta, siempre en relación con la naturaleza de la misma.

